

Saldos, lecciones y despojos del 2006

(Segunda de dos partes)

Juan Antonio Isla Estrada

- Mal año para la democracia.
- El resultado electoral cambió el mapa político del país y profundizó las diferencias entre el norte y el sur.
- Un sexenio sin huella y el agotamiento de la confrontación en una foto insólita.

Hemos dejado atrás un año que en lo político arrojó más saldos negativos que positivos. Fue un mal año para la democracia. Independientemente de ganadores y vencedores, el proceso electoral provocó una gran división social que alcanzó a permear al corazón mismo de las familias. La guerra sucia contaminó el ambiente y contradujo las bases éticas de toda democracia. Reapareció la percepción del fraude electoral y la manipulación del aparato de Estado que movió a los órganos y tribunales encargados de la organización comicial y su validación definitiva. Esa pérdida de credibilidad en las instituciones democráticas (en las encuestas una mayoría de mexicanos opinó sobre la sospecha de un fraude electoral) fue un grave retroceso. La turbia actuación del IFE y la tibia resolución del Tribunal Federal Electoral serán manchas que serán un referente histórico del año que ha concluido. En la 'visión de los vencidos', cuya novela histórica empieza a escribirse, éste capítulo se conocerá como 'El gran despojo'.

Algunas lecciones dejó el proceso electoral más competido de la historia mexicana moderna: la necesidad de una reforma política que vigile y limite el financiamiento de los partidos y recorte la duración de campañas; que legisle claramente sobre los límites en contenidos de propaganda e impida y sancione oportunamente las interferencias de las autoridades, de las iglesias y de los empresarios; que contemple una segunda vuelta; que establezca candados a los partidos parásitos y que garantice la imparcialidad en la escrupulosa integración de los funcionarios de los órganos electorales.

En este "Annus horribilis" el caos y la violencia atacaron a varias ciudades del país y por distintas razones. Como pruebas de ello el narcotráfico ha sembrado el terror con sus atroces mensajes de cabezas rodando sobre las pistas de baile y la crisis política en Oaxaca que se prolongó de manera innecesaria debido a la ineptitud del gobernador y la omisión perversa del gobierno federal.

El 2006 marcó también el fin de un sexenio para el olvido. Nadie quiere recordar ya la anécdota trivial de la pareja presidencial gobernando en condominio, ni las peroratas huecas de un jefe del ejecutivo en delirio progresivo, coleccionando gazapos e imprudencias, interfiriendo de manera soez en el proceso electoral hasta los últimos días en que se ufana de haber ganado dos elecciones. Y luego un sucesor que es más de lo mismo, salvo pequeñas variantes en el estilo, salvo algunos matices en el modo de solventar la inmediatez, pero sin ningún atisbo de pretender solucionar a fondo los problemas estructurales.

Y toda la confrontación generada por la crisis postelectoral y los nubarrones de ingobernabilidad desaparecieron como por arte de magia. La mejor imagen de que el cansancio del año electoral llegó a su límite para dar paso a una especie de tregua navideña, es la fotografía de los líderes de las bancadas en el Congreso luego de aprobar el presupuesto. Compartimos al respecto el comentario que ha hecho Porfirio Muñoz Ledo con toda perspicacia: "Nada más regular en la vida parlamentaria que el ajuste entre la recaudación y el

gasto o el regateo de las partidas de acuerdo con los intereses locales, políticos o ideológicos. Lo que produjo azoro fue la reconciliación de los bandos que hasta hace poco se habían confrontado por la posesión de la tribuna, con la ferocidad de cruzados y musulmanes” (*El Universal*, 28 diciembre 2006).

La imagen insólita de los legisladores abrazados, después del lamentable espectáculo en la carpa de San Lázaro durante los días previos y en la fecha misma de la toma de protesta del Presidente, puede ser un síntoma del agotamiento entre los partidos que han vivido en el jaloneo durante los últimos meses o ¿podemos interpretarlo como un primer paso para recuperar la normalidad democrática? No lo creo. El inmovilismo es un escenario improbable. A la posición del nuevo gobierno de sostener las estructuras arcaicas que garantizan privilegios e impunidades, se seguirán oponiendo las minorías representadas en el Congreso y las minorías silenciosas que aguardan la hora de manifestarse. En ese escenario AMLO va a mantener su lucha y, con él o sin él, un gran movimiento de centro izquierda irá creciendo como una gran ola que, cuando descienda sobre tierra firme, lo mismo limpie la suciedad de las playas, que derrumbe los viejos estamentos del poder económico y político, que destruya el régimen que ha distinguido a los ricos ofreciéndoles el gran pastel y negando a los pobres las migajas.

Dentro de ese panorama de retratos pesimistas y vaticinio de escenarios hay que reconocer que, a pesar de un calendario repleto de fechas con malas noticias, la transición sexenal se dio sin efectos negativos en la estabilidad económica y que se han enviado señales positivas para resolver conflictos como el de Oaxaca (fuera de que deben liberarse a todos los prisioneros inocentes que fueron detenidos en un operativo que no discriminó culpables) y que puede recuperarse el mínimo orden en algunos lugares asolados por el narcotráfico.

Cerremos la agenda del año anterior. Queda pendiente para el que viene la verdadera Reforma del Estado. De no propiciar las condiciones para transformar instituciones y leyes de todos los niveles, el estallido social será una posibilidad latente, una realidad inminente. Sobre los desafíos del gobierno calderonista y las expectativas para este 2007 que recién ha empezado comentaremos en las próximas entregas.